

CAPÍTULO SEGUNDO

SACERDOTE

El paréntesis que hubo desde la ceremonia de su ordenación hasta la celebración de su primera misa, celebrada en el convento de la Anunciación, estuvo todo él repleto de sentimientos de mundanidad, y de él no se desprende nada que nos hable de profundidad espiritual, de entrega de la vida a Dios, de estupor por el gran acontecimiento vivido, de alabanza, de agradecimiento a Quien le había elegido entre otros muchos para ser su sacerdote. Parece que fue una simple formalidad a la que él se sometió, para obedecer al deseo de su padre. Y, sin embargo, después de estos sucesos, desapareció durante algunos días, y sus amigos, que lo buscaban, averiguaron que se había retirado a la Cartuja para orar allí sólo. Durante este mismo período, siempre con sus amigos Clermont, Tonnerre y Chamvallon, un día salió en la conversación el tema del martirio, e hizo una apuesta, a primera vista un poco desconcertante. Hablando de S. Lorenzo, propuso a sus amigos a ver quién resistía más con un dedo en la llama de una vela. Él, de hecho, parece que no quería retirarle de ella, y los dos amigos se vieron obligados a apagar la llama, para que desistiera.

¿Qué significado dar a este episodio? ¿una bravata o, más bien, él encubría un incipiente deseo de expiación? Quizá aparecía una ligera fisura en su monolítica seguridad, que le distinguía.

Don Gervaise, por su parte, nos describe así al joven sacerdote: "... en la corte y en sociedad, un chaleco violáceo de rica tela, calzas de seda del mismo color, bien sujetas, cuello alto de encaje a última moda, cabello largo, muy rizado y perfumado, dos grandes esmeraldas en las muñecas y un diamante de gran precio en el dedo. Por el contrario, en el campo o de caza, la espada al flanco, dos pistolas en la silla del caballo, traje marrón claro, y cuello de tafetán negro, recamado en oro. Él creía hacer de sobra poniéndose un chaleco de terciopelo negro para recibir a las personas importantes que venían a visitarlo". Y Don Le Nain, escandalizado, carga la dosis: "Su vida era tan muelle que, cuando se metía en la cama en invierno, no sólo era necesario calentarle las sábanas, sino que también había que calentar la madera de su cama".

En febrero de 1654 obtuvo el doctorado en Teología. Vestido de púrpura y armiño, juró en Notre-Dame, ante el altar de los mártires, derramar su sangre en defensa de la fe, si fuera necesario. Pero la ambición del éxito, y de progresar en medio del ambiente eclesiástico-mundano, llenaba completamente su corazón. Él se había convertido en cabeza de familia después de los últimos lutos que en 1652 le había golpeado, es decir la muerte de su tío Claude³ y de su primo Léon⁴. Era rico, guapo, simpático, habilidoso, fogoso y altanero, como le habían visto años antes, cuando comenzó a frecuentar a su bella vecina de Véretz, madame de Montbazou. Ella lo había notado y apreciado, iniciándose aquella misteriosa amistad o amor, que duraría una decena de años y terminaría trágicamente en 1657, con la muerte imprevista de ella.

En 1654 tenía veintiocho años, era sobrino de un arzobispo y doctor por la Sorbona. Tenía todas las posibilidades de hacer una gran carrera eclesiástica, y él lo sabía y esperaba.

Su tío lo favoreció con una archidiaconía en su diócesis de Tour, y, al año siguiente, 1655, quizá debido a su influencia, consiguió que lo eligieran delegado en la asamblea del clero de París⁵.

En este cargo, Rancé participó en diversas comisiones, mostrándose muy activo, y dio ciertamente una buena impresión cuando en junio de 1656 fue nombrado capellán de Gaston d'Orleans, al puesto de su tío Víctor, dimisionario. La asamblea lo apreciaba y se aprovechaba de todas sus capacidades.

Al comienzo de 1657, su tío tuvo la intención de nombrarlo su coadjutor. Pero, por desgracia, Mazarino vigilaba, bajo apariencia de amistad, y, cuando llegó a su conocimiento la petición del anciano arzobispo de Tours, con una maniobra fulminante logró impedirla, aunque ya había sido presentada y aceptada por el rey y por la reina madre. Consiguió que el joven Luis XIV tomara en sus manos el asunto, e inmediatamente respondió a su tío Víctor que sería mejor para él no tener coadjutor.

¿No se estaba quizá prolongando la desgracia en la vida del joven Rancé? El rechazo de Mazarino se hubiera podido interpretar menos trágicamente, dado que se trataba del comienzo de la carrera del joven eclesiástico. Por desgracia, Rancé había tenido ya más de un choque con el cardenal, y además no podía esperar ninguna muestra de favor un secuaz de Retz, como él se había mostrado repetidas veces.

Esta amistad había nacido frecuentando el salón de Montbazon. Rancé quizá había quedado fascinado por la erudición de Retz, que parece hablaba por lo menos siete lenguas, o tal vez le encantó su dialéctica seductora, o su pasión por la actividad, o, sobre todo, por aquella indescriptible capacidad de comunicación, que tanto recordará madame de Sévigné después de la muerte del cardenal. No parece que Rancé participara directamente en las actividades de los amigos de madame de Montbazon, todos pertenecientes de la “fronda”⁶. Por lo demás, entonces aún vivía su padre, que, realista como era, ya hemos visto que velaba cuidadosamente sobre las inclinaciones y preferencias de su hijo, y, con toda seguridad, no le habría permitido inmiscuirse en una rebelión o en cualquier otro desatino, ya que todos sus esfuerzos iban encaminados a que fuera bien visto por los poderosos. Pero, después de la muerte de su padre, Rancé cambió completamente de actitud de cara al primer ministro. Se hizo altanero y muy seguro de sí mismo.

Como delegado de segundo grado en la asamblea⁷, naturalmente él formó parte de importantes comisiones, y se aprovechó de ello, como hemos insinuado, entre otras cosas, para defender con éxito la posición del arzobispo de Rouen, su amigo, contra las decisiones de Mazarino. Por lo que respecta a Retz, lo defendió tan valientemente – solicitó, en efecto, su reposición en la sede episcopal de París, de la que Mazarino le había apartado – que el mismo ministro no pudo menos de exclamar: “!Si tuviera que haceros caso, monsieur de Rancé, tendría que enfrentarme a Retz con la Cruz y la bandera! ¿Os dais cuenta de que la corte está muy descontenta de cómo os comportáis dentro de la asamblea?” - “Vuestra eminencia está mal informado, replicó Rancé. En todo momento no he hecho otra cosa que obrar como debe hacerlo un hombre de honor y de conciencia”⁸.

Después de su recambolésca huida del castillo de Nantes⁹, de su permanencia en Roma, en la corte de Inocencio X¹⁰ y Alejandro VII¹¹, Retz continuaría su aventura a través de toda Europa, en búsqueda de fuertes e insatisfechas ambiciones, perseguido por el odio incurable de su enemigo Mazarino. El eco de sus galanterías, escándalos, complots, conjuras e intrigas, resonó por todos los salones en moda. Estas aventuras continuaron animando las conversaciones de la alta sociedad parisina hasta 1657, año en que se hablaría ya de su sincera conversión religiosa. No obstante esto, Rancé no dejó de confiar en la posibilidad de conversión de su amigo, y, de hecho, los acontecimientos le dieron la razón.

Volvamos a nuestro Rancé. Ante la acción fulminante del vengativo ministro, de que hemos hablado, sus amigos temieron lo peor y le aconsejaron que huyera de París.

Armand-Jean se dirigió primero a Commercy, patria de su amigo, y le puso al corriente de la situación. Después, mientras Retz intentaba introducirse a escondidas en París, él regresó a Véretz.

Helo aquí, por fin, de regreso a su magnífico castillo, sin duda humillado, pero no vencido. Rancé estaba seguro de que se le abría un largo período de espera. Así, lo que no había conseguido su conciencia sacerdotal lo obtuvo su lealtad e inflexible fidelidad de amigo. La valentía de hombre de honor le descubría un nuevo camino, pero él no sabía aún, en este comienzo de 1657, lo decisivos que iban a ser los acontecimientos venideros.

Los primeros meses pasaron con tranquilidad. Rancé ya no se dedicaba a la caza de forma desenfrenada. Parecía replegarse a la reflexión, y se mostraba más atento a los aspectos sencillos de la vida. Una sola cosa no logró vencer, su amor por María de Montbazon¹².

Esta mujer, que hace algunos años hemos visto aparecer en la vida de Rancé, tenía quince años más que él. Era hija de Claude de Bretaña, conde de Vertus. Era la mayor de ocho hermanas, ninguna de las cuales se casó. A los dieciséis años, en 1628, había sido pedida y dada como esposa al duque Hercule de Rohan de Montbazon, locamente prendado de su juventud. El viejo duque tenía sesenta años, y era un conocido “Don Juan”. El matrimonio fue feliz durante un

breve tiempo, después ambos esposos se entregaron a una vida sentimental bastante libre y permisiva; él, continuando con sus vicios inveterados; ella, joven y bella, pero no bellísima y muy inteligente, no quiso soportar una vida, a decir verdad, un poco inaguantable, y se convirtió en la amante de príncipes y duques, en una de las mujeres más depravadas de su tiempo. Retz se expresaba así: “En su aspecto faltaba la modestia; buscaba sólo lo que le producía placer, y, más que placer, todo lo que se refería a sus intereses. No he visto nunca a nadie que, en medio del vicio, guardara menos respeto por la virtud¹³”.

A pesar de todo, María tuvo tres hijos con su marido: Francisco de Rohan, que daría origen al apellido de los príncipes de Soubise; María, que sería luego duquesa de Luynes; y Eléonore, más tarde abadesa del monasterio de la Trinidad de Caën.

Armand-Jean amó profundamente a aquella mujer. Sus biógrafos no han podido aclarar del todo la verdadera naturaleza de este amor, y aquí no nos meteremos en arriesgadas suposiciones; respetaremos la reserva absoluta mantenida por el mismo Rancé en este asunto.

Las dos familias se conocían desde hacía tiempo; por eso, especialmente después de la muerte de Hercule, acaecida en 1654, no tenía por qué parecer extraña la asiduidad del joven al salón más de moda, y de menos escrúpulos, de la nobleza de París. Los dos amantes guardaron siempre reserva absoluta acerca de su relación, y, al menos exteriormente, su conducta fue irreprochable.

De esta reserva tuvo que alegrarse, con toda seguridad, la sociedad de aquella corte, tan depravada y moralista ... Por lo demás, esta situación permitía ver más allá de las apariencias, llenar de intuiciones sensacionalistas los discursos de los salones, y, al mismo tiempo, rodear de atenciones y honores a los dos protagonistas, sin romper las reglas de moralismo comúnmente aceptadas.

Pero el tiempo apremiaba, y, cuando Rancé, en abril, decidió dejar Véretz para regresar a París, donde se encontraba la duquesa, seguro no se imaginaba que, sólo unos pocos días después de la llegada, iba a terminar su aventura.

Vinieron a llamarlo con urgencia. A María se había declarado una fiebre maligna. El tratamiento que inmediatamente se aplicó a la enferma no surgió ningún efecto. En aquellos tiempos, el sarampión era casi siempre mortal. Rancé se percató de esta extrema gravedad y, por uno de esos arrepentimientos inesperados, tan frecuentes en aquel tiempo, ante la situación desesperada, sobre todo de su alma, él, que la amaba tanto, tuvo la fuerza de hacerle esta reflexión; “Señora, le dijo con firme afabilidad, no curaréis de esta enfermedad; debéis reconciliaros con Dios¹⁴”. De manera aún más asombrosa, ella aceptó estas palabras. Enseguida dispuso que Rancé se ocupase de sus negocios temporales, y de que fuera llamado el párroco de Sain Paul, para administrarle los sacramentos.

El 28 de abril, María falleció, reconciliada con Dios. Rancé, que la había asistido hasta pocas horas antes, salió corriendo de su casa, y, a la que subía la escalinata, vio que venía a su encuentro el príncipe de Soubise, Luis, quien con mofa le espetó esta frase: “ ¡Todo se ha cumplido! ¡La farsa se ha terminado!”¹⁵. Eran palabras muy significativas. Rancé se desvaneció y fue conducido a su casa. Él no asistió al funeral.

Aquí, es conveniente hacer algunas reflexiones sobre la macabra leyenda, que, sobre todo con los escritos de Chateaubriand, se extendió de forma desproporcionada.

Si alguien pudo contribuir a crear esta leyenda, según la cual hubo que separar del tronco la cabeza de madame de Montbazon, para que su cuerpo, demasiado grande, pudiera entrar en el féretro, ciertamente debieron ser sus dos hermanas, Catherine-Françoise – mademoiselle de Vertus – y Anne – mademoiselle de Goëlle. Ellas sobrevivieron 35 y 50 años respectivamente, y fueron fieles amigas de Rancé hasta el final. Es importante subrayar esta fiel amistad, porque el respeto por las dos hermanas, además de por la mujer amada, fue, con toda seguridad, lo que no permitió a Rancé hablar abiertamente y de forma más clara de la naturaleza de las relaciones con su hermana María.

Fue Larroque quien primero habló de esta leyenda en 1685, pero la historia se agrandó rápidamente, y Maupeou¹⁶ narró misteriosas visiones en espejos de agua iluminados por la luna. Otros escritores refirieron una u otra leyenda. Châteaubriand, con su habilidad de buen

narrador, la realzó a su mayor esplendor. Saint-Simon, que examinó con ojo crítico toda la historia, pronunció estas palabras categóricas: “En todo este asunto, no hay nada de verdad”, basándose en la afirmación del mismo Rancé, según el cual todo era una fábula¹⁷, y dejando de lado cualquier otra investigación.

El golpe fue durísimo; la herida profunda y dolorosa. En un principio, él pareció casi volverse loco. Gervaise nos describe así a Rancé: “En su rostro, un aspecto melancólico ocupó el lugar de aquel aire alegre y sonriente que le era tan natural. Las noches se le hacían insoportables, y pasaba los días en continua amargura, corriendo por los bosques, de acá para allá, a la orilla de los riachuelos y de los estanques, llamando por su nombre a la que él deploraba¹⁸”. Eran momentos de angustia, de recuerdos, de remordimientos. Había vivido como un indiferente, casi como un librepensador. Era docto, pero se veía abandonado a sus propias fuerzas. Sus ojos se habían cegado a la fe, su corazón había vagado lejos. Ahora sentía que debía reabrir los ojos y retornar; debía amar a Dios y preferirlo a cualquier otra cosa.

Sus biógrafos nos cuentan que, recuperado de los largos insomnios y de la lucha interior que hubo de sostener aquellos días, Rancé, al final, cayó enfermo. Esta alma altiva e intransigente quedó abrumada por la inesperada visión de su miseria. Por medio de la humillación que su misma rectitud le infringía, a medida que abría los ojos a su auténtico estado interior, reconoció la mano de la providencia y la misericordia de Dios en el mismo dolor que le había golpeado.

Cuando, muchos años después, la condesa de La Fayette le escriba, para conocer las circunstancias de su conversión, el abad Rancé le responde así: “Señora, me pregunta por los motivos que me han movido a dejar el mundo. Le diré, muy sencillamente, que lo dejé porque no encontraba ya en él lo que buscaba. Yo quería el reposo que aquél no era capaz de darme. Y si lo hubiera encontrado, por desgracia no habría osado buscar otra cosa. Los motivos que más me ligaban al mundo me disgustaron tanto que me avergoncé profundamente de seguirlos y ser esclavo de ellos. Al final, las conversaciones placenteras, los proyectos de carrera y de fortuna, cualquier placer, me parecieron tan vacíos y fatuos, que comencé a considerarlos sólo con hastío. A todo esto se añadía el desprecio que sentía por la mayor parte de los hombres, en los cuales no logré descubrir ni buena fe, ni honor, ni fidelidad. Todas estas cosas juntas me condujeron a rehuir lo que ya no podía satisfacerme, y a elegir algo mejor”. Y continúa, para aclararlo más: Dios no dejó de venir a mi pensamiento, y yo pensé en Él; más aún, tuve confianza de que llenaría en mi corazón el vacío causado por el alejamiento que quería mantener de las criaturas. Me retiré al campo, con el alma llena de oscuridad y confusión, sin saber lo que me iba a suceder. Porque las personas que había conocido en el mundo, y que me habían profesado fidelidad, no retornaban a mí. Pensé que la culpa de todo esto no era suya, sino mía, y no sabía en quién podría depositar confianza. Así, encontrándome como en tierra extraña, sin norte ni guía, pasé varios meses en angustia e inquietud, sin saber con suficiente claridad lo que debía de hacer¹⁹.

Su corazón cedió, y se entregó a nuevos ideales. La admiración de la parte noble de la sociedad que le amaba, y que con tanta frecuencia le había subyugado con su espíritu brillante, era por lo menos tan grande como el escepticismo y la acrimonia de cuantos no creían en la profundidad y duración de tal conversión.

Los acontecimientos de los años sucesivos harían aumentar de forma desmesurada la hilera de admiradores, pero también harían más amargo el veneno de sus enemigos.

¹NOTAS

¹Gervaise, p. 86.

² Le Nain, I, c. II, p. 6-7. Cherel, I, c. II, p. 43.

³ 13 de marzo de 1652

⁴ 11 de octubre de 1652

⁵ En esta asamblea se debían tratar algunos problemas gravísimos acerca del Jansenismo y la situación confusa de la diócesis de París, privada de su pastor, el cardenal de Retz.

⁶ Guerra civil combatida en Francia desde 1648 a 1653. Tuvo dos fases: La primera, llamada “fronda parlamentaria”, que tuvo por protagonistas el pueblo de París y el parlamento. La segunda, llamada “fronda de los príncipes”, que tuvo por protagonistas el Conde y Gastón de Orleans.

⁷ Tuvo lugar entre el 25 de octubre de 1655 y el 1654.

⁸ Cherel, I, c. III, p. 52-53; cfr., Gervaise, p. 134.

⁹ Después de la muerte de su tío, Retz fue nombrado arzobispo de París por los vicarios generales. Huyó de Nantes el 4 de marzo de 1654, y llegó a Roma en noviembre.

¹⁰ Muerto el 7 de enero de 1655.

¹¹ Murió el 7 de abril de 1655.

¹² Cfr. M. Prévost, en DBF, en “Avaugour de Bretagne, Claude .

¹³ Cherel, I, c. III, p.46.

¹⁴ Gervaise, p. 157; cfr. Cherel, I, c. III, p. 56-57.

¹⁵ Gervaise, p. 159; Cherel, I, c. III, p. 157.

¹⁶ Sobre Maupeou, párroco de Nonancourt, cfr. Gervaise, passim.

¹⁷ Cfr. Saint-Simon, *Mémoires*, t. III, p. 182 ; Cherel, I, c. III, p. 58.

¹⁸ Gervaise, p. 160-161.

¹⁹ Corr., III, para la condesa De la Fayette, 22 de noviembre de 1686, p. 403-404.